

Vladimir

Leticia Martin

L | Premio
Lumen
de novela

Primera parte

Mi vuelo está cerca de aterrizar justo antes del desastre. El piloto decide esperar en el aire. Inicia una nueva vuelta sobre el aeropuerto. Me asomo por la ventanilla. Se ven la terminal aérea y algunas casitas amontonadas en los barrios cercanos a Ezeiza. Casi todo está oscuro. Si bien lo intento, no reconozco ningún monumento o edificio en particular. Todo me parece nuevo, un lugar en el que nunca estuve. O mejor dicho: una postal borrosa del pasado, la mezcla del vacío de aquel día que nos fuimos del país con los recuerdos contruidos a fuerza de la insistencia de mis padres en relatar mi infancia. Al pasar por encima de la pista de aterrizaje observo que algunas luces todavía van y vienen, parpadean. Pienso que se trata de un desperfecto pasajero.

Viajo en clase turista, como siempre que me subo a un avión. Voy sentada junto a la ventanilla. Las azafatas piden que no entremos en pánico y que permanezcamos en nuestras butacas hasta que el piloto finalice

las maniobras. Podremos quitarnos los cinturones de seguridad cuando estemos en tierra. Aún no lo sospecho, pero nos quedan como dos horas girando en círculos sobre el aeropuerto. Se percibe ansiedad en la tripulación.

Apenas den la orden de desocupar el Boeing 777 que me tocó en suerte voy a salir corriendo. Me siento asfixiada por primera vez en mi vida. Algo en mí quiere huir. Repaso mentalmente la sucesión de movimientos que me conducirán a la salida cuando estemos en el aeropuerto.

Ahora el piloto nos acerca a una puerta de emergencia que acaban de habilitar. Sigue las señas del guía de aterrizaje que está en la pista. Todo parece saturado. Desde aquí ya pueden verse filas de personas aglutinadas detrás de las paredes de vidrio de la terminal.

Salgo por una manga de lona. El aire es denso y húmedo. No hace frío en Buenos Aires. Aunque son casi las ocho de la noche, el sol no termina de caer. Parte de mi equipaje está en la bodega del avión. No es poco lo que una mueve cuando se muda de ciudad por tiempo indefinido. Me da pena haber tenido que dejar Ramsdale de un modo tan absurdo, casi sin poder pensarlo, sin despedirme de mis alumnos y de mi familia. Pero acá estoy ahora, y es tarde para lamentarme. Será que así debieron ser las cosas.

Miro mi teléfono. Un mensaje de Nicholas me reclama. Quiere saber dónde estoy. Quiere verme. Toda-

vía no lo sé, pero es el último mensaje que recibiré en mi celular. De haber imaginado que iba a terminar viviendo semejante desquicio, quizá hubiera podido responderle algo antes de salir de Ramsdale. Me habría disculpado. Pero no quise pasar por otra despedida. No ahora, a esta edad.

Pienso qué palabras podría escribirle después, cuando esté ubicada en algún lugar más tranquilo y decida por fin dar respuesta a este mensaje.

«Lo siento, Nicholas. Lamento todo lo que te hice y esta situación que ahora estás viviendo».

No me gusta. Demasiado melancólica y culposa. Tengo que decirle algo más certero, algo que le haga ver la realidad.

«Nicholas, las autoridades me exigieron abandonar la universidad a cambio de preservarnos del escándalo. Sobre todo a vos. Pero en verdad sólo quieren cuidar su imagen. No le importamos a nadie. Nunca creas en las instituciones».

Pasan los minutos. No me convencen las respuestas que voy improvisando. No las anoto. Ni siquiera abro la mensajería instantánea para evitar que la batería se gaste. Además, no quiero que mi exalumno sepa que leí su reclamo. Prefiero el territorio gris e inestable de la duda. Creo que así le dolerá menos. Al fin y al cabo, el chico se había encariñado más de la cuenta. Los sentimientos siempre vienen a enturbiar todo.